

salubridad otorgado por el célebre cazador de panteras en Argelia, recomiendo el uso constante del abrigo de lana interior. La mejor bebida es el café, pues, por punto general, el agua, el vino y los licores son allí bebidas perjudiciales.

Inútil es recomendar al cazador un buen fusil Le-faucheux del sistema más perfeccionado, y que se cargue haciendo el menor ruido posible. Las balas más apropiadas son las cilíndricocónicas con punta de acero. El cazador debe ir provisto, además, de un largo puñal. Bombonnel usa, en su lugar, una lanza ó chuzo para el desgraciado caso de una lucha cuerpo á cuerpo.

Una vez el cazador haya indagado el sitio frecuentado por la pantera, debe proveerse de dos cebos vivos: una cabra y un cabrito.

Para el acecho es necesario buscar un espeso matorral, oculto á todas las miradas. Si el arbusto ofrece claros, es conveniente llenarlos con ramaje de otros matorrales.

La cabra se coloca á unos 5 ó 6 metros del acecho, atada sólidamente á una estaca, merced á una cuerda, que no ha de tener más de 1 pie de largo, á fin de que la cabra no se aleje de la línea del tiro. Colocaréis al cabrito atado al alcance de la mano. El entretenimiento y tarea del cazador consiste en tirar á intervalos la oreja del cabrito, y la cabra contesta, formando un coro de balidos quejumbrosos, que se oyen á distancia en la soledad de la noche.

Hechos estos preparativos, es necesario permanecer quieto é inmóvil, sufriendo impasible las caricias de los mosquitos y parásitos, atento el oído al más leve rumor, y escrutando con la mirada á vuestro alrededor.

La noche respira tanta calma, el silencio es tan profundo, la Luna alumbra tan espléndidamente el fondo del barranco y las alturas, que el inexperto cazador, oculto en el matorral, podría creerse completamente seguro; y, sin embargo, la pantera puede hallarse á corta distancia, inmóvil, acurrucada, y en actitud amenazadora, registrando con la mirada los más recónditos sitios. Si la pantera adulta descubre que allí se encuentra el cazador, caerá sobre él como el rayo, y le destrozará con sus garras antes que haya tenido tiempo de ponerse á la defensiva. Así, pues, la experiencia recomienda que el cazador no debe hacer el menor movimiento.

La hora de dirigirse al lugar del acecho es el aconsejar.

Debo recomendar eficazmente á los esforzados discípulos de San Huberto, que no se precipiten en gritar

el *halali*, pues sucede muchas veces que tras el primer disparo la pantera permanece inmóvil y como muerta, y espía sólo, cautelosamente, el instante de lanzarse sobre el confiado cazador.

### III

He dicho ya al lector que he recorrido el territorio argelino en todos sentidos, y puedo añadir sobre la caza de la gran pantera algunos curiosos detalles é interesantes narraciones.

En el comienzo de este libro, y á propósito de la caza del león, he señalado las profundas diferencias que existen entre el árabe envilecido y cobarde de las ciudades, y el valeroso, que mora en los aduares y levanta su tienda en el desierto.

Uno de los ejemplares árabes más curioso es el beduino, que ha conservado su realeza en medio de los huéspedes del desierto.

Sentado junto á un buen fuego, y al pie de una tienda, ¡con cuánto interés y curiosidad he escuchado algunas noches, en África, las narraciones de la caza del *eln'meur* (pantera)!

Los árabes, dotados de brillante imaginación, me han descrito los gestos, los movimientos singulares de la pantera, su piel limpia, hermosa y lisa, con elegantes manchas negras, con un entusiasmo venatorio difícil de superar.

Muellemente tendido sobre un lecho de hojarascas, con la pipa en la mano, y puestos los ojos en un cielo hermoso y azul, y aspirando una brisa perfumada por las plantas silvestres que crecen y brotan en el Atlas; veía desfilan, á guisa de cuadros disolventes, las terribles luchas del árabe del desierto con la pantera, rivalizando en astucia, en valor, en paciencia y agilidad.

Los movimientos ondulantes y atrevidos de la pantera que caza al jabalí y al hombre, eran reproducidos por un joven árabe, á medida que la narración avanzaba, cobrando colorido.

Había asistido ya á la caza del león, y sentía vivos deseos de matar alguna hermosa y grande pantera.

Los árabes respetan al hombre que sabe desafiar el peligro; y, además, una vez admitido un huésped, es sagrado para ellos.

Me hallaba en la tribu de los *hannenchas*, en los últimos linderos del territorio argelino. El guía que me



Caza de la pantera por los árabes

acompañaba era pariente muy cercano del jefe de la tribu Ben-Hassen; y aproveché la generosa hospitalidad con que me habían brindado para asistir á la caza de la pantera.

—¿Deseáis de veras cazar la pantera?—me preguntó el jefe.

—Lo ansío,—dije yo.

—Pues venís en ocasión propicia, porque un pastor me notició ayer que una pantera había destrozado una de sus cabras.

—¡Ahí!—gritó el anciano;—¡Ahí! venid.

Un hermoso mancebo, de tez bronceada, alto y fornido, acudió al llamamiento de Ben-Hassen.

—¿Qué ordenáis, señor?

Dentro de un instante partiréis á fin de señalar esta noche el sitio por donde rueda la pantera que ha devorado la cabra del rebaño de Messaoud.

—Está bien, señor,—dijo;—y sus ojos resplandecieron con extraordinario brillo.

—Este mancebo,—dijo el jefe,—es uno de los más diestros y valerosos cazadores de panteras de la tribu. Sigue los rastros y olfatea las huellas como el mejor sabueso. Si siguerais sus pasos le veríais deslizándose rápida y cautelosamente entre los arbustos, parándose, interrogando al viento y á los murmullos de la brisa. Entretanto,—prosiguió el anciano,—haced vuestros preparativos, desmontando y limpiando el fusil, y examinando los cartuchos.



Obedecí. Eran las siete de la mañana, y tenía tiempo para todo.

A las cuatro de la tarde, Ben-Hassen me llamó a su tienda. El mancebo Alí había regresado y había descubierto el sitio frecuentado por una gran pantera adulta, y un lugar dispuesto a maravilla para el acecho.

—Dentro de un cuarto de hora,—añadió el anciano,—estad dispuesto, porque partiréis acompañado de Alí.

No sin emoción, lo confieso, di gracias al jefe; pues me habían pintado como tan peligrosa la caza de la gran pantera, que, a mi pesar, sentí palpar con más fuerza que de costumbre el corazón.

—Adios y prudencia,—nos dijo Ben-Hassen al despedirnos.

Gran número de árabes, mujeres y chiquillos nos acompañaron un buen trecho; pero fueron desfilando unos tras otros, y, por fin, nos quedamos solos.

Eran las seis de la tarde de un hermoso y claro día del mes de abril.

El día había sido caluroso, y la brisa, en aquella hora, templaba los rayos del Sol, que, al dirigirse hacia su ocaso, bañaba con sus reflejos las crestas de los montes vecinos.

Alí y yo íbamos montados en dos pequeños caballos árabes, negros como la pez, pero ligeros y graciosos. Yo llevaba a la grupa algunas provisiones, y en el arzón las armas; Alí conducía atados en la grupa una cabra y un cabrito, que alborotaban los ecos con sus lastimeros balidos.

El camino era abrupto y pedregoso; innumerables cactus é higueras silvestres brotaban en los linderos, polvorientos y agostados por el Sol.

Habían arrancado nuestras monturas un trote más que regular, y en breve tiempo recorrimos un buen trecho.

Anochecía rápidamente cuando llegamos a una pequeña plazoleta rodeada de zarzamoras y espinos, y Alí paró su caballo.

—Hemos llegado al sitio donde debemos dejar los caballos,—dijo el árabe.

Salté del caballo, al mismo tiempo que Alí, y le entregué las riendas de mi montura.

La dificultad era hallar un árbol para atar a nuestros caballos, pues los arbustos y maderas que nos rodeaban ofrecían sólo follaje y ligerísimas ramas.

—No os apuréis,—me dijo el árabe;—en las alforjas llevo una buena estaca, que clavaremos en el suelo.

El previsor Alí sacó una resistente estaca, terminada en punta, y cinco minutos después, sujetos ya los caballos, nos alejamos, llevando el árabe, sobre sus espaldas, la cabra y el cabrito, y yo las armas y algunas provisiones.

Ya era hora. Los últimos resplandores del ocaso alumbraban el camino y se confundían con los primeros reflejos del astro de la noche.

Oíanse, allá a lo lejos, los misteriosos rumores del desierto: ruidos extraños, indefinibles, que llenan el alma unas veces de pavor, y otras de sublimes emociones. Era la voz de la naturaleza en la penumbra y oscuridad: el graznido de las aves nocturnas, el aullido de las hienas y chacales, y el rumor producido por el volar de los insectos.

Alí iba delante, con paso seguro y ligero. Subimos una escarpada cuesta, bajamos rápida pendiente, y, al cabo de media hora, llegamos junto a un barranco, dispuesto, a maravilla, para el acecho.

El fondo del barranco estaba tapizado por abrojos y matorrales, ofreciendo seguros escondrijos.

La parte superior de aquel sitio abrupto estaba despejada; y a una distancia de unos 400 metros, y hasta llegar a los linderos de un frondoso bosque, sólo brotaban alguno que otro matorral.

En el fondo del barranco murmuraba plácidamente un arroyo, poético é inocente, pero que debía trocarse en furioso y terrible cuando se abrían las cataratas del cielo y caían lluvias torrenciales en los montes vecinos.

La Luna llena asomaba ya su disco por sobre las copas de los árboles de la selva vecina, cuando nos colocamos en acecho.

La cabra se hallaba atada junto al borde superior del barranco. El cabrito al lado de Alí, y al alcance de su mano.

—La pantera no debe andar lejos,—dijo el árabe,—y es menester guardar profundo silencio.

Ocultos tras del matorral, y fijos los ojos en el borde del barranco, preparamos las armas.

Trascurrieron dos horas, no percibiéndose otros claros rumores que los aullidos del chacal y los balidos de la cabra y del cabrito, que, alternativamente, se contestaban.

Por fin, después de leve ráfaga de la brisa, notamos en el cabrito señales de extraño desasosiego, seguidas de quejumbrosos gemidos, contestados por otros, no menos lastimeros, lanzados por la cabra. Era, pues, evidente que presentían algún cercano peligro.

Redoblamos la atención, y, al cabo de un breve ins-